

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO II. }

MÉXICO, OCTUBRE 1º DE 1872.

{ NUM. 21.

RECREACIONES TECNOLOGICAS PARA LOS NIÑOS.

(TRADUCIDO POR JUAN OROZCO Y PRIEGO.)

EL ALGODON.—EL ALGODONERO.

«Entre los vegetales que no sirven para el alimento del hombre, el algodouero es el don mas precioso que nos ha acordado la mano liberal de la Providencia.» Así hablaba un dia á dos viajeros franceses un rico manufacturero de Manchester, señalándoles con el dedo, al través de las vidrieras de un invernáculo, un pobre algodouero que vegetaba tristemente sin luz y sin sol. El mas jóven de los viajeros no pudo menos que sonreir, aunque con mucha cortesía y procurando que su interlocutor no lo notara. Replicó luego:—Os pasma, señores, oirme hablar de esta manera, y pensais sin duda en cierto proverbio. Bien, pues citadme una planta cuyo cultivo sea tan fácil como el del algodouero!..... una planta que dé productos en tanta abundancia y cuyo empleo sea tan universal y se preste á las transformaciones mas sorprendentes y variadas!..... un producto que supla á tantas materias téxtiles como

la seda, la lana, el cáñamo, el lino!..... Dadme una planta que suministre trabajo á tantos brazos y á tantas máquinas!..... en fin, una planta á la cual una gran nacion deba el grado mas alto de prosperidad y de grandeza, al cual pueblo alguno haya llegado jamás. Pensareis que estos no son mas que simples alegatos. Pues bien, estos alegatos los voy á probar uno á uno. He dicho que nada mas fácil ni mas sencillo que el cultivo del algodou; en primer lugar, las tres variedades de este vegetal crecen espontáneamente en todos los países donde el calor del clima basta á su fructificacion. Aunque el algodouero prefiere un suelo seco y arenoso, se logra en casi todos los terrenos, solo que sus productos son menos hermosos y menos abundantes, á medida que crece en terrenos que le son mas desfavorables.

En cuanto á su cultivo propiamente dicho, ofrece tan pocas dificultades y exige tan pocos gastos, que casi siempre los colonos comienzan por él cuando fundan un nuevo establecimiento. En efecto, echar algunos granos en el surco abierto en el plantío, defender á la tierna planta contra la invasion de las yerbas parásitas, por medio de una ó dos escardas, apuntalar el algodouero cuando llegue á la altura de dos metros, recoger dos veces por año los copos de algodou que se escapan de sus cápsulas y separar

los granos del algodou al cual están fuertemente adheridos, hé aquí todo lo que se necesita. No queda mas que aumentar la cosecha, que sin ningun procedimiento preliminar se encuentra lista para ser vendida ó empleada.

Es igualmente incontestable que los tejidos de algodou, de los que seria necesario escribir un volumen para describir todas sus variedades, desde la trasparente muselina hasta las colchas, desde las estofas de algodou puro, hasta las mezclas en las que se le asocia en cantidades variables á la seda, á la lana, al cáñamo y al lino, son de un uso tan variado y tan universal, que puede ser que no haya país donde el algodou no entre en gran cantidad en el vestido y abrigo de los habitantes.

Tal vez he ido muy lejos al pretender que el algodou pueda suplir á todas las materias téxtiles, en el supuesto que si un vestido de algodou sirve lo mismo que uno de seda, es sin embargo, menos hermoso que éste y abriga menos que uno de merino. Pero dejando á un lado la brillantez sin igual de los lienços de seda, y sin tener en cuenta tampoco la propiedad que poseen en alto grado los vestidos de lana de resguardar eficazmente contra las influencias perniciosas de la humedad y del frio, el algodou reemplaza en toda ocasion á la seda, al cáñamo y al

lino, y bajo el punto de vista de utilidad, no le cede á la lana mas de en un solo punto. Queda mi último alegato. Dadme una planta que dé trabajo á tantas máquinas y á tantos brazos!... una planta á la cual deba una gran nacion el punto mas alto de prosperidad y grandeza, al cual pueblo alguno haya llegado jamás.

Nada será tan fácil como probarlo. Mirad, añadió el manufacturero, tomando un grueso volumen de encima de su bufete: hé aquí la estadística industrial publicada por nuestro gobierno. Resulta de los documentos contenidos en este volumen, que la Inglaterra importa por año cerca de doscientos millones de kilogramos de algodón, á los cuales da la industria un valor de novecientos millones de francos de vuestra moneda. Por las apreciaciones mas bajas, se calcula la cifra enorme de un millon doscientas mil, á un millon trescientas mil personas, que viven de la industria algodonera. Mirad algunas cifras que muestran la importancia que esta industria ha tomado en Inglaterra.

En 1700 se importaron á nuestro país.....	886,000	kilogramos.
En 1750.....	1.320,000	»
En 1800.....	25.391,000	»
En 1810.....	60.061,000	»
En 1820.....	68.768,000	»
En 1830.....	119.680,000	»
En 1835.....	161.688,000	»

Es cosa muy notable que en las ciudades que se hacen centros de la industria algodonera, se notó acrecentar su poblacion en proporciones muy rápidas. Así Liverpool, que en 1700 era una ciudad de 5,145 habitantes, ya en 1750 tenia 18,000; 77,000 en 1800; 165,000 en 1830, y en la actualidad tiene..... 200,000. En 1700, Glasgow no tenia mas de 42,000 habitantes; ya en 1800 este número se habia duplicado, y al presente, Glasgow está mas poblado que Liverpool. Podria multiplicar estos ejemplos hasta lo infinito; pero me contentaré con añadir, que la industria algodonera ocupa ella sola en Inglaterra tantos brazos y capitales como todas las demás juntas, y que nuestros hombres de Estado y nuestros economistas, la consideran como la fuente principal de la riqueza y la grandeza del Reino Unido.

(Continuará.)

LA AURORA.

¡Qué grato es ver despuntar la aurora! Cuando esta hermosa mensajera del astro rey se levanta en el horizonte, las aves la saludan con suavísimas canciones, las plantas y los árboles se balancean como regocijados con su presencia, los bueyes que el labrador conduce á los campos para comenzar sus tareas, interrumpen con sus mugidos el silencio majestuoso que reinó durante la noche sobre la tierra.

En esos momentos en que el ángel de la noche pliega sus negras alas y va á cubrir con ellas otras regiones, abandona el mortal su lecho, y esa fiel representación de la muerte, que llamamos el sueño, huye de sus párpados; y si el insomnio le habia afligido por la noche, la sonrosada luz del crepúsculo matutino le devuelve el reposo y la esperanza.

Un nuevo dia va á comenzar. Acaso sea un dia de felicidad; acaso sea marcado por algun gran acontecimiento; acaso tal vez tengamos que sacrificar á su trascurso alguna ó muchas ilusiones. Tal vez le veremos morir en Occidente, tal vez no lo veamos concluir, porque cada hora de él que pasa es una aproximacion al lugar de nuestro eterno reposo.

La naturaleza tiene muchas horas solemnes, pero ninguna tan risueña como la hora del alba. Ella disipa los pensamientos tristes ó sombríos, ninguna traicion se urde cuando ella reina. Las ovejas balan saliendo de su albergue, las cabras saltan de roca en roca, los pájaros no cesan de cantar, y los primeros rayos del sol hacen brillar como diamantes las gotas de agua suspendidas á la estremidad de las tembladoras hojas de los árboles.

¡Bendito sea una y mil veces aquel Sér omnipotente que quiso desplegar ante la atónita mirada del hombre, tantas bellezas! ¡Bendito ÉL, que atavió tan magníficamente á la naturaleza!

Setiembre 10 de 1872.

A. L.

LA PEONZA Y LA PERINOLA.

(FABULA.)

La rebelde, la rústica peonza
Dijo á la perinola con enfado
Allá en su jerigonza:
Suerte bien desigual nos ha tocado.
A tí con mucho mimo,
Cuando te hacen andar te dan impulso,
Entre los dedos revolviendo tu eje:
No se me trata á mí con tanto pulso.
Yo, cuando me andan, gimo
Al compás de la bárbara correa,
Con que un muchacho hereje
Me arrima cada golpe que me brea;
Y cuanto mas el movimiento animo,
Con mas ciego furor me zarandea.
—Querida (respondió la perinola),
En tí consiste sola
El trato que te dan: tú lo evitaras,
A ser juguete, como yo, ligero,

Mas ¿qué han de hacer contigo,
Si en apartando el látigo te paras?
Yo sin embargo consolarte espero.
Nuestro papá el tornero
Puede, si se lo digo
Y quieres animosa decidirte,
Quitarte la madera que te sobra,
Y en ágil perinola convertirte.
¡Friolera es la obra!
(Esclamó la peonza sofocada)
Prefiero que el zurriago me atormente,
A sufrir que la gubia me hinque el diente.

¡No sabes ni empezar el catecismo,
Y al preceptor acusas de inclemencia!
Quéjate de tí mismo:
Para buen colegial no hay penitencia.

EL MONO Y EL CERDO.

(FABULA.)

Jugando con un cerdo cierto mono,
Pidióle un beso con festivo tono,
Y el marrano travieso
Le dejó sin nariz al darle el beso.

Narices y ojos perderás, y aun dientes,
Si te dejas besar de ciertas gentes.

VIAJE Y DESCUBRIMIENTOS DE LA SEÑORITA ELENA, Y DE SU PRIMO EL CABALLERO FERNANDO.



XXVII

¡Lorado sea Dios! Llevóse á cabo con toda felicidad el paso del Nilo, y Fernando, Elena, y hasta el *Sancho*, llegaron sanos y salvos á la opuesta margen. Pero como Elena no acaba de comprender lo que motivó la caída del *Sancho*, y se devana los sesos por averiguarlo (prueba inequívoca de su precoz talento investigador), halla al fin lo que buscaba. Aun no sabia el griego, y por eso no dijo: «*Eureka!*» pero sí exclamó en buen castellano: «¡Ajá!» que para el caso es lo mismo.—«¡Se cayó el *Sancho*

al agua, porque á pesar de ser de palo quiso beber, y se le fué la cabeza!»—«No te canses mas, eso fué,» le contestó Fernando convencido.—«Vaya, bebe ahora con todo sosiego, que aquí estoy yo para cuidarte de otro accidente,» continuó Elena dirigiéndose al interesante borreguito, y sujetándole con maternal solicitud. Pero por lo visto, el animalito habia bebido contra su voluntad mas de lo necesario, y mostró no tener ya pizca de sed.



XXVIII

Han recostado al *Sancho* tras de un árbol, considerando que habrá de hacerle falta un ratito de sueño para reponerse de la terrible emoción; porque la verdad es, que el *Sancho* pasó un miedo atroz. En tanto que reposa, Fernando y Elena sienten nece-

sidad de cobrar fuerzas; sacan de la alforja los con-sabidos pasteles, y tendidos sobre la yerba, echan un *tente-en-pié*.—«¡Cosa mas rara! dice Fernando; ¿has visto cómo abren el apetito los viajes?»—«¡Oh, sí!» contesta Elena con elocuente laconismo.

EL GERANIO.

Inés.—Papá, dime, ¿por qué este geranio no medra como las demás flores del jardín? Lo planté al mismo tiempo que ellas; y aunque he tenido mas cuidado con él que con las otras, no lo veo crecer, y siempre sus hojas se mantienen amarillentas. Todavía no ha dado ni un solo botón.

El padre.—Tal vez no le habrás dado el cultivo que necesita.

Inés.—Oh, sí! he hecho cuanto el jardinero me dijo.

Hace tan mala figura en medio de esas otras plantas tan verdes y cubiertas de flores, que á veces me vienen impulsos de arrancarla de raíz.

El padre.—Yo no haría eso, hija mía, sino separaría la tierra que rodea sus raíces, la trasplantaría á otra mas blanda, la regaría diariamente, y tal vez entonces crecerá mejor.

Inés.—Aunque ya he hecho todo lo posible, papá, voy á probar de nuevo, porque quiero ser perseverante.

El padre.—Tienes que serlo, hija mía, siempre que quieras llegar al término de cualquier empeño.

Hizo *Inés* cuanto su padre le había aconsejado, y acabada la obra, vino á sentarse á su lado en la glorieta.

Inés.—Vamos á ver ahora si la planta no crece ni produce flores, y pierda yo, mi tiempo y mi trabajo.

El padre.—Los padres, *Inés*, experimentan muy á menudo con sus hijos lo que tú con esa planta. Tómase gran trabajo en cultivar el corazón é inteligencia de sus hijos, y no es raro hallar niños que no corresponden á las esperanzas de sus padres: ¿qué es peor? tener una planta que no crece, ó ser padre de un niño que tampoco crece?

Inés.—El crecer no depende del niño, papá: él crece sin saberlo, ni poner nada de su parte, á menos que no sea enano.

El padre.—No aludo, hija mía, á un crecimiento material, sino al progreso mental y moral. El niño que á pesar de todos los esfuerzos de sus padres, no se hace instruido y bueno, puede muy bien compararse á tu geranio, con la única diferencia, que una planta no crecerá por causas que no dependen de ella; mientras que el niño sí es siempre responsable de no hacer progresos. Es una desgracia tener una planta raquítica en un hermoso jardín; pero no es de compararse con la de tener en la familia un niño de ninguna instruccion y de alma mezquina y depravada.

Inés.—Nunca se me habia ocurrido comparar un jardín de plantas con una familia de niños; pero veo que hay bastante semejanza entre ambas cosas, y que podemos recibir lecciones aun de las mismas flores.

El padre.—Por supuesto que sí; y mientras estés ocupada en cultivar y educar tu planta, quiero que contraigas el hábito de meditar sobre las lecciones que ella pueda darte.

Inés.—En primer lugar, debo procurar que no sean vanos todos los trabajos que mis padres y maestros se están tomando; pero dime, papá, ¿qué es menester hacer para progresar mental y moralmente?

El padre.—Debes procurar retener los conocimientos que adquieras, y así progresará tu inteligencia, ayudada además de la observacion, el estudio, el comercio con las gentes cultas é instruidas. Ahora, para progresar moralmente, procura siempre obrar bien, conocer tus deberes, y estar siempre cierta de que los cumples. Si así lo hicieras, serán fructuosos los esfuerzos de tus padres y maestros....

Inés.—Y llegaré á ser útil como una planta; pero no me has dicho aún cómo puede uno llegar á florecer.

El padre.—Cultivando tus buenos sentimientos, hija mía. Sé afable, bondadosa, compasiva é indulgente. Un carácter apacible da á la persona el mismo hechizo que la flor comunica á la planta.

En este momento llamaron al padre de *Inés*, y

ella quedó abandonada á sus propias reflexiones. Meditó sobre lo que habia oido, y se propuso hacer en adelante todos los esfuerzos posibles para cultivar su inteligencia al par de sus buenos sentimientos.

No tardó en alegrarse de no haber arrancado el geranio, pues habia dado materia para tan valiosas lecciones, y le dejó, en medio de las otras plantas, aun cuando no creciera, para que le recordase siempre la resolucion que habia tomado.

Continuó cultivando su jardín años tras años con el mayor cuidado; pero á la vez no olvidaba el cultivo de su inteligencia y corazón; así, cuando hablaban de su jardín, decían que era ella la mas hermosa de sus flores.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO III.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS DENTRO DE LA CASA.

ARTICULO I.

Del método, considerado como parte de la buena educacion.

I

Así como el método es necesario á nuestro espíritu para disponer las ideas, los juicios y los razonamientos, de la misma manera nos es indispensable para arreglar todos los actos de la vida social, de modo que en ellos haya orden y exactitud, que podamos aprovechar el tiempo, y que no nos hagamos molestos á los demás, con las continuas faltas é informalidades que ofrece la conducta del hombre inmetódico. Y como nuestros hábitos en sociedad no serán otros que los que contraigamos en el seno de la vida doméstica, que es el teatro de todos nuestros ensayos, imposible será que consigamos llegar á ser metódicos y exactos, si no cuidamos de poner orden á todas nuestras operaciones en nuestra propia casa.

II

El hombre inmetódico vive extraño á sus propias cosas. Apenas puede dar razon de sus muebles y demás objetos que por su volumen no pueden ocultarse á la vista; en cuanto á sus libros, papeles, vestidos, y todo aquello que puede cambiar fácilmente de lugar y quedar oculto, su habitacion no ofrece mas que un cuadro de confusion y desorden, que causa una desagradable impresion á todos los que lo observan.

III

Cuando vivimos en medio de este desorden, perdemos miserablemente el tiempo en buscar los objetos que necesitamos, los cuales no podemos hallar nunca prontamente; y nos vemos además en embrazos y conflictos cada vez que se nos reclama una prenda, un libro, un papel que se nos ha confiado, y que á veces no llegamos á descubrir por mas que se encuentre en nuestro mismo aposento.

IV

La falta de método nos conduce á cada paso á aumentar el desorden que nos rodea; porque amontonados los diversos objetos ya en un lugar, ya en otro, al buscar uno dejamos los demás todavía mas embrollados, y nos preparamos así nuevas dificultades y mayor pérdida de tiempo, para cuando volvamos á encontrarnos en la necesidad de removerlos.

V

Asimismo vivimos espuestos á sufrir negativas y sonrojos, pues las personas que conocen nuestra informalidad, evitarán confiarnos ninguna cosa que estimen, y es seguro que no pondrán en nuestras manos un documento importante, ni objeto alguno cuyo extravío pudiera traerles consecuencias desagradables.

VI

Cuando no somos metódicos, la casa que habitamos no está nunca perfectamente aseada; porque los trastos desarreglados no pueden desempolvarse fácilmente, y el mismo esparcimiento en que se encuentran impide la limpieza y el despejo de las habitaciones.

VII

El desaliño y la falta de armonía en nuestros vestidos, serán también una consecuencia necesaria de nuestra falta de método; porque los hábitos tienen en el hombre un carácter de unidad que influye en todas sus operaciones, y mal podemos pensar en el arreglo y compostura de nuestra persona, cuando nos hemos ya acostumbrado á la negligencia y al desorden.

VIII

La variedad en nuestras horas de comer, en las de acostarnos y levantarnos, en las de permanecer en la casa y fuera de ella, y consiguientemente en las de recibir, molesta á nuestra propia familia, á las personas que con nosotros tienen que tratar de negocios, y aun á los amigos que vienen á visitarnos.

IX

Establezcamos siempre cierto orden en la colocación de los muebles, de los libros y de cuantos objetos nos rodean. Guardemos las cartas y los demás papeles que debamos conservar, por el orden de sus fechas, y con arreglo á todas las circunstancias que nos faciliten el encontrar prontamente los que necesitamos; y jamás tengamos á la vista aquellas cartas, papeles ú otros objetos que se hayan puesto en nuestras manos con la intención, espresa ó conjeturable, de que nosotros no mas los veamos.

[Continuará.]

EL DIAMANTE Y EL CRISTAL.

(FABULA.)

Cierto lapidario
Perdió en un camino
Un diamante tosco
Y un cristal pulido.
A su camarada
El diamante dijo:
Yo salir espero
Pronto de este sitio.
Piedra soy al cabo
De valor crecido:
Quien me encuentre, llena
De oro su bolsillo.
El cristal, picado,
Respondióle: Amigo,
Mucho es lo que vales,
Pero no te envidio.
Tú y un vil guijarro
Pareceis lo mismo:
¿Quién, pues, ha de verte
Si te falta el brillo?
Unos pasajeros
Acercarse miro:
Vamos á ver de ambos
Quién es preferido.—
El cristal lanzaba
Resplandores vivos,
Y esto á los viajeros
Reparar les hizo.
Bájanse á cogerle,
Le alzan con cariño,
Y entre tanto pisan
Al diamante rico.
Y sin ser de nadie
Desde entonces visto,
Se quedó en el polvo
Para siempre hundido.

Méritos ahora
Húndense de fiyo,
Si les falta un poco
De charlatanismo.

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Así como el fanatismo es un desorden de los sentimientos, la incredulidad es un desorden del entendimiento. Violando las leyes de Dios, usurpa su dominio á la razón, que nos eleva á la categoría de hombres, que nos hace á la imagen de Dios, y nos dirige al conocimiento de Dios, de su voluntad, y de nuestra propia inmortalidad; el incrédulo, porque no puede oír lo eterno con los oídos de su cuerpo, porque no lo ve con los ojos de ese mismo cuerpo, porque no lo toca con sus manos, asegura con funesta decepción que no existe.

Aquellos que niegan ó dudan la dignidad y el destino eterno del hombre, son semejantes á un salvaje que nunca hubiese visto una población en medio de sus florestas, y que entrando á una gran ciudad, admirado de sus plazas públicas, de sus espléndidas calles, de sus ricos palacios, pero sin convencerse de que todo esto fuese una obra de arquitectura, se empeñase en creer que la ciudad salió del seno de la tierra, lo mismo que sus bosques.—ANÓNIMO.

De la misma manera que el astrónomo, por el conocimiento que tiene de las leyes físicas de la naturaleza, puede computar con infalible certeza el principio de los eclipses de sol y de luna, y aun el camino, el volumen y la distancia de los cuerpos celestes, así, en cierto modo, debe descubrirse y ser cimentada la ley del mundo moral, el destino inmortal del hombre.

Prepararle para este como para el mas alto destino, debe ser el principal problema de educación.

El sentimiento de mi propia dignidad, imprime ¡oh Señor! sobre mí, tu santa ley; y aun bajo el peso de esta vida terrestre, siento la nobleza de mi existencia humana, donde quiera que lleno con zelo las prescripciones de tu ley.

Yo debo, quiero amar lo que es bueno, no porque el virtuoso reciba su galardón en esta vida, sino por alcanzar la excelencia intrínseca de la virtud. Ella eleva el espíritu mas allá de la tumba y del tiempo, y nos inspira con la fé y la inmortalidad.—FICHTE.

La llama se eleva en el altar, como si hubiese escapado de la materia tosca y oscura, á que se hallaba limitada.

Así es el alma, siempre deseando; la chispa divina aspira siempre hácia su morada, mas allá del polvo y de los pesares de la tierra, donde la luna y las estrellas brillan admirablemente.

¡Ah! ¡en qué vestidura de polvo se halla envuelta! Ahora siente que es extranjera aquí; un día arrojará á un lado sus ligaduras de barro. Cuando caigan estas ligaduras, nuestra naturaleza interior se libertará á sí misma; las cenizas quedarán sepultadas, pero la llama celestial se encontrará libre.—SCHOTTIN.

EL DISFRAZ.

(FABULA.)

Si huyes un daño, lector,
Obra con prudencia y seso,
Porque si prescindes de eso,
Lo doblarás, y es peor.

Por evitar una tunda
Que le querían cascar
Unos á quien Dios confunda,
Disfrazóse el buen Borunda,
Y disfrazado, echó á andar.

Ellos el falso papel
Conocieron del cuitado;
Y él llevó..... ¡suerte cruel!
Una tunda por ser él,
Y otra por ir disfrazado.

CUENTECITOS Á MIS NIÑOS.

XIV

MARIA, Ó LA NIÑA TRAVIESA ARREBATADA
POR UN LOBO.

La madre de María le estaba diciendo continuamente: Si tú eres traviesa, hija mia, el lobo te comerá, y no eran pocos los lobos que se veían en este paraje.

A pesar de la amenaza, María estaba llorando sin cesar, ahora para que le diesen de comer, luego para que le diesen de beber; después quería un juguete: ¡era un perpetuo tormento! pero como María era tan pequeña, se le permitían muchas impertinencias.....

Había en la granja dos perrazos mas altos que María; la niña jugaba con ellos, y le permitían sin quejarse que les tirase de la cola, de las orejas, y aunque les diese de golpes; nada mas cariñoso que este animal, él es el amigo del hombre, y muchas veces espone su vida para defenderle.

Con la edad, María se hizo mas y mas traviesa, dando pruebas de un insensible corazón: si podía coger un pajarillo, jugaba con él sin piedad hasta que el pobre animalito moría entre sus manos. María no encontraba placer mas grande que coger moscas, ensartarlas con una aguja, arrancarles las alas y atar los abejorros por los piés para hacerlos volar: martirizaba á los gatos y tiraba pedradas á los perros. Nunca María hubiera dado un pedacito de pan á esos pobres animales, tan duro así era su corazón; pero en recompensa todos huían de ella. Los dos perros de la granja, que la habían visto desde niña, no le hacían mal alguno, pues que si hubiesen querido vengarse, con un solo mordisco la hubieran destrozado, pero esta niña hizo tantas travesuras á estos apacibles animales, que acabó por irritarlos enteramente contra ella.

Un día María se perdió en medio del bosque que estaba cerca de la granja, y héte aquí que un enorme lobo sale velozmente para devorarla: la niña espantada, corrió con toda su fuerza hácia la casa para librarse del mortífero diente del feroz animal; pero habiéndola el miedo hecho tropezar contra una piedra, cayó, y el lobo la cogió.

Los dos perros, testigos de su desgracia, podían muy fácilmente ahuyentar al lobo; pero ellos permanecieron tranquilos, porque no dejaban de acordarse del sinnúmero de travesuras que María les había hecho.

El lobo se apresuró cuanto pudo á tomarla por medio del cuerpo, penetró muy adentro con sus dientes, y la llevó á su cueva para comérsela toda.

Este espantoso ejemplo advierte á los niños: que á nadie debe hacerse daño, ni aun á los mismos animales; los malos corazones encuentran tarde ó temprano el castigo merecido.

EL GATO CORTÁNDOSE LAS UÑAS.

(FABULA.)

Las uñas muy pacato
Con las tijeras se cortaba un gato,
Y viéndolo un ratón, fué y se lo dijo
A su madre la rata en su escondrijo.
—¡Ay, qué nueva tan fausta, madre mia,
Vengo á traeros! el ratón decía:
Ya el gato aquel..... ¡resolución bizarra!
Se despunta una garra y otra garra;
Y eso me prueba á mí con evidencia
Que al fin le ha remordido la conciencia,
Renunciando con cuerdas reflexiones
A cazar ratas y atrapar ratones.»
—«¿Sí? la rata le dijo:
Pues mal conoces á los gatos, hijo.
El se corta las uñas; pero es solo
Para mejor disimular su dolo,
Pues á su zarpa, aun de pinchar privada,
Le queda libre al fin la manotada;
Y aunque á tí desarmadas te parecen
Sus pérdidas pezuñas,
No hay que fiar. ¿No sabes que las uñas,
Al que mas se las corta, mas le crecen?»—

Nunca son los malvados mas bribones,
Que afectando virtud en sus acciones.